

el mago, el redentor, no llega. Nadie sabe las exquisiteces, las abnegaciones de que es capaz. Todos ignoran que se embellece á la mujer, que todos tenemos en nuestras manos el cincel prodigioso de Fidias, y que sólo nos falta para hacer surgir de cualquier figura dolorida la mujer ideal, algo que no todos podemos prodigar: ternura y amor.

¿Para qué reír? No se ríe ante las imágenes rotas, ni ante los capiteles caídos, ni ante las ruinas alfombradas de musgo, ni ante las solitarias arcadas, ni ante los frutos arrebatados en promesa ó los campos agostados en flor.

*
*
*

Perdonar, hora es de decirlo, no siempre es humano ni justo. A despecho de Tolstoi, el perdón no hace sino perpetuar la injusticia. El perdón, como la caridad, es la síntesis de una doctrina que desprecia al hombre como ser inferior y la tierra como morada transitoria. Se espera en el cielo la expiación de la culpa y el castigo del condenado. Perdonemos aquí para que nuestro enemigo padezca en los infiernos. El creyente no es tan humilde como nos lo pinta el breviario. Espera para su ofensor nada menos que una eternidad de dolores y un tormento sin esperanza.

Pero quien se inspira, no en el criterio de la caridad, sino en el más alto de la justicia, no perdona tan fácilmente. Sabe que su perdón daña á sus semejantes, que perpetúa el mal en la tierra, que da la victoria á los malos sobre los buenos. Y así, sin espíritu de venganza, sin deseo de devolver mal por mal, quiere que se restablezca el derecho, llevado de un espíritu de equidad, sin el

cual no valdría la pena de vivir en un mundo civilizado ni de hablar de cultura y progreso.

Como la creencia es la metafísica de los ignorantes, la caridad y el perdón son la ética de quienes no pueden elevarse á las nociones de justicia y deber.

*
*
*

Cuando todo cambia y se modifica y evoluciona, ¿por qué no ha de modificarse y evolucionar solo un nombre? El concepto de patria no puede ser el mismo que ayer, una forma del egoísmo, cuando no un aspecto de la iniquidad. En nombre de la patria, se ha querido perpetuar el absurdo, cerrando la inteligencia humana á toda libre indagación. Si ha osado afirmar un enunciado, se le ha presentado el recuerdo de la campana de aldea, que llama á la oración cuando el sol se oculta tras las montañas y hacen sonar los rebaños su esquila; de la hierba florida, bajo la cual dormitan nuestros progenitores sombríos; de la majestad de nuestros concilios, de la magnificencia de nuestras catedrales, de nuestra epopeya de siete siglos contra musulmanes, herejes y apóstatas. Si ha pretendido emanciparse, se le ha hablado, en nombre de la patria, de instituciones seculares que cobijó el pendón castellano, aragonés, catalán ó vasco; de inmarcesibles glorias jamás marchitas de Clavijo y las Navas, de los caudillos y de los Césares, de Indibil y Viriato, del Cid y Gonzalo de Córdoba. Si ha querido acabar con la explotación y la iniquidad, se ha mostrado el *in hoc signo vinces*, que predica humildad, sumisión, mansedumbre, la tradición gloriosa, los blasones y privilegios. Si ha sido prudente ante temerarias

empresas, se le ha dicho, llevando á la juventud á la muerte, como los carneros tras el morueco, que España era fuerte, invencible, heroica, protegida de Dios, como atestiguaban con sus ruinas Numancia, sus cenizas Murviedro, sus murallas Gerona. Si ha soñado con civilización y progreso, se ha invocado la sombra de Cisneros, el severo perfil del segundo Felipe, la supuesta misión dominadora que anegó en sangre nuestros campos. En nombre de la patria, el pasado, ¡siempre el pasado! Y así el canto á la patria, que en los labios de Castelar era, como en Tirteo, un himno de avance, ó como en Byron, un psalmo de alegría, se trocó en canto funerario, cuando no en triste *De profundis*.

La patria era aquello, lo que fué, lo que quedó entre el limo, inmóvil y petrificado. Su negación era el progreso, la fraternidad, la justicia. Y en nombre de la patria se consumaron las mayores iniquidades é infamias, se llevó el luto á la familia, la desolación á la aldea, la miseria á la región, la desesperación á la colonia y el oprobio á la Humanidad.

¡Una patria! Sí. Pero la patria del gran tribuno, que mire adelante, que abra los ojos al futuro, que luche por la verdad y la justicia, que acabe de una vez para siempre con todas las falsas leyendas, cuyo nombre sirva de lábaro y signo á los irredentos. Antes que patriotas debemos ser hombres; antes que españoles, ciudadanos del mundo. ¿Se quiere salir de la barbarie, de la esclavitud, del oprobio, de la miseria y la cobardía? ¡Ah, sí! Una patria. Pero una patria nueva.

* * *

Por su fe, por su rey ó por su egoísmo de raza ó territorio, han emprendido siempre los hombres todas las guerras religiosas, todas las guerras de sucesión y todas las de conquista ó de independencia. Sin esas tres palabras escritas en la bandera absolutista, es seguro que los hombres hubieran economizado cataratas sangrientas. La humanidad creyente tiene en el costado una horrible lanzada que gotea. La sangre vertida en aras de la cruz hubiera podido anegar cien mil Gólgotas. Un redentor murió por los hombres. Millones de manadas de esclavos se desangran para pagar esa enorme deuda, cuyos intereses jamás se liquidan.

* * *

La serpiente mata; el tigre devora; sólo el hombre se deleita en el ajeno sufrimiento. Para aspirar el olor de la sangre con deleite feroz, para escuchar como música deleitosa los gemidos agónicos del infeliz sometido al tormento, para reír de alegría salvaje ante la palidez cadavérica y la mirada turbia y la mueca de horrible crispadura, hay que ser más cruel que el tigre, más implacable que la hiena, más cobarde que la comadreja, más astuto que el zorro y mucho más bajo que el reptil. Es preciso ser hombre y hallarse en posesión de la fuerza. Es necesario que á lo más odioso que puede haber en la Naturaleza se una el desvarío de la razón y toda la herrumbre, toda la barbarie y toda la inhumanidad que han amontonado en el espacio y en el tiempo los siglos.

Tan grande, tan sobrenatural es la pasión que inspira el tormento, que, como el amor y como el pensamiento, es fecunda. Engendra ideas, procrea

energías, genera impulsos. En la cuna de todos los progresos vibran ayes agónicos; en la fuente de todas las revoluciones hay sangre pura. Tal vez se necesita tanta maldad, tan innoble baja, tan miserable cobardía, para que las almas viriles renueven sus arrestos y se decidan á luchar contra los verdugos por los oprimidos, como luchan en Rusia y bajo el Cáucaso.

Acaso tiene que pasar la humanidad por tanta vergüenza para romper su lecho de Procusto. No hay crisálida que se rompa sin pena ni óvulo que se rasgue sin sufrimiento. Los tormentos de las pasadas épocas fueron alumbramientos de que surgieron las sociedades redentas y libres, como los sufrimientos actuales génesis son de las auras del porvenir.

*
* *

En la cátedra, en el Ateneo, en las Academias, en la novela, en el periodismo, una juventud enamorada de cuánto desfallece, agitada por el espasmo de lo sensual, devota de lo Extraño y de lo senescente, pregonadora con Nietzsche la excelencia del placer y la fuerza, y con el degenerado D'Annunzio la supremacía de la Belleza como criterio, no ya supremo, sino único, que eclipsa y hace desvanecerse los de la Justicia y de la Verdad.

Ningún cargo, increpación alguna hace conmoverse á esa juventud. Cuando se la apostrofa, se encoge de hombros; cuando se la discute, sonríe, con la sonrisa amarga de Thackeray. Tan sólo dos acusaciones la exaltan: la de su inconsecuencia y la de favorecer á la reacción religiosa. Al escuchar esto, amenaza y ruga. No obstante, ni al suponerlo se la ofende, ni se hace sino exponer lo

que es un corolario de su credo y de su programa.

El *esteticismo* moderno, más cercano en su ideal al *clinamen* epicúreo que á las triadas de Proclo ó las abstracciones de Plotino, podrá ser, y desde luego es, respetable, bello, atrayente, fascinador, sublime. Lo que no puede ser es consecuente. La consecuencia es una ley de razón, y quien de ella duda, quien sólo reconoce á la Belleza como soberana, no puede ofenderse porque se dude de que existe en su doctrina una cualidad que no está en su principio mismo.

Nada tan vario, tan mudable, tan inconsecuente como la Belleza. Separada de todo otro criterio de pensamiento y vida, no es hoy lo que fué ayer, ni mañana será lo que es hoy. Y no sólo es el tiempo; es el lugar quien la modifica. Lo bello de Europa no es lo bello del Asia, ni la serenidad de la Virgen Madre es la majestad de Isis ó la impasibilidad de Visnú. Cambia además el criterio de lo bello con la edad, el temperamento y el hábito cuando no se acompaña de otro concepto; y así cree encontrarla Mæterlinck en la muerte, Lorrain en lo deforme, Poe en la locura y De Quincey en el crimen. No. No se puede ser consecuente cuando se afirma que es la Belleza criterio supremo. Porque la Belleza, lo ha dicho un maestro de pensadores, es una cosa excelente y magnífica que, en el pensamiento como en la vida, no sirve absolutamente para nada.

En cuanto á la reacción que en la vida social implica una teoría que abomina ó duda del pensamiento, y no admite guía seguro para la conducta, apenas si parece posible negarla. En nombre de la Belleza ó de la fuerza se ha esclavizado siempre á los hombres. No se asentaron las viejas

teogonías en la investigación, sino en lo maravilloso y sublime. Negando la razón á los hombres, fué como se consiguió hacerles esclavos. Siglos y siglos de explotación inicua fueron sancionados por la creencia, que condenaba á la Razón como temeraria y entraba en el corazón de los fieles, no por el camino de la verdad y la persuasión, sino por el torcido del sentimiento. La Humanidad entonces, huérfana de Justicia, pero fecunda madre de Belleza, fué para la Razón once mil veces virgen. Hizose preciso que el pensamiento se emancipara, que la inteligencia proclamara su independencia, que la Ciencia afirmara sus bases, para que el fanatismo sintiera quebrados sus cimientos, y el miserable, y el triste, y el explotado entrevieran un mundo de Paz, de Justicia y de Fraternidad universal.

Y ahora, cuando la Humanidad comienza á recoger el fruto de tantos y tan horrendos siglos de lucha; cuando parece llegado el día de someter la fantasía á la reflexión, la fuerza á la Justicia, el sensualismo á la noción generosa del deber, es cuando una juventud, llamada por la Naturaleza á completar obra tan generosa, proclama de nuevo la fuerza, enaltece la sensibilidad y abomina de la Razón. Pero ningún proceso se interrumpe ni evolución alguna se desmiente. Pese á los más escépticos, toda concepción del mundo y de la realidad es una metafísica.

Y esa metafísica que se burla de la Razón y de la Justicia en el mundo, es la de los dogmatismos viejos. Si el hombre por sí no puede conocer la verdad; si en la tierra la injusticia ha de triunfar siempre, tienen razón los místicos al asegurar que hay que renunciar á lo que el hombre jamás renuncia, ó hay que volver con las cigüeñas

de Brunetier y de Vögue á los antiguos campañeros.

No hablemos de nuestra juventud, que ni es toda esteta ni acaso concede ese valor á las afirmaciones de los extranjeros decadentes. Es demasiado varonil para caer en ese afeminamiento. Pero ellos, los que allá desde fuera nos han traído en literatura el nuevo Evangelio, esos, no lo duden sus entusiastas, podrán vivir entre hetairas apurando copas de éter y ajenjo; podrán sonreír ante el espectáculo del fracaso de lo verdadero y lo bueno; podrán hacer alarde de rebelión ante toda regla moral y social... pero morirán con la bendición apostólica.

*
* *

Trae el moderno socialismo á la doctrina del Derecho un concepto ético del Estado y la sociedad, olvidado desde el criticismo kantiano, que por sí solo basta á merecer no sólo el respeto de los pensadores, sino el aplauso universal. Obligado á condicionar la vida jurídica, no puede el Estado abandonar á los débiles en la lucha, ni dejar al obrero á merced de la ley de bronce. Pero hay algo que, visto por Schaeffle, ha olvidado el marxismo: que hay un Estado individual, una esfera en que necesita todo organismo la plenitud de su libre función. Invadida por el poder central, no puede sino retrotraer la sociedad al estado de despotismo. ¿Cuál es el límite que separa esa esfera del individuo de la total en que está comprendida? Le señala la misma función. No puede el Estado suplantar personalidades; cümplele sólo condicionar aquello que es libre, equilibrar fuerzas, garantizar pactos; jamás imponer arbitrarios

preceptos, que, por ser contrarios á la Naturaleza, han de perturbarla.

* *

Rigor en las leyes, libertinaje en las costumbres; es la historia de todos los pueblos oprimidos. Apaleados en los pórticos, atormentados en la ergástula, también aullaban los esclavos su saturnal. Como los hermanos siameses, tienen la barbarie y la tiranía con dos cuerpos las mismas entrañas. Viendo el látigo levantado, han condenado siempre el claro discurso los eunucos de pensamiento y abominado los tartamudos de la elocuencia.

* *

El odio al árbol denota afeminamiento y pequeñez. Ni el león ni el águila destruyen el bosque; quien le asuela es el minúsculo insecto, incapaz de vivir sus rumores y de recrearse en sus frondas. Goethe demanda al morir luz, y Michelet alas, porque son gigantes; es la pequeñez neroniana la que pide laureles, en gracia á los coliseos medrosos y los grandes templos sombríos.

Los amplios horizontos sólo placen á los ojos y á los espíritus abiertos. En cambio, destruir florestas, limitar espacios, amojonar praderas en que llamean las amapolas, ahuyentar bandadas de trémulos cantores y pisotear cálices perfumados de color de marfil, agrada á las pupilas vidriadas por la miopía intelectual. El hombre, como el dulce cantor de las odas, nada á sí juzga ajeno; siente la intensidad de la vida universal en la majestad de las selvas y en el mudo dolor de

las piedras rotas y cubiertas de yedra, en los tallos jugosos y en los brotes exuberantes. El egoísta, incapaz de gustar la sensación plácida de las cosas, imita á aquellos Austrias, que, convirtiendo á España en un yermo, la cubrieron de edificios austeros, de callejas tortuosas, de torres panzudas y de inmensos y frios cenotafios, á fin de transmitir á los siglos una grandeza que, para mostrarse tal, necesitaba en alrededor suyo empuñarlo y achicarlo todo.

Esta es la herencia que hemos recogido. No concebimos otra grandiosidad que la del granito; la de las viejas catedrales, la de los colosales monasterios, la de los alcázares temerosos cerrados al aire y á la luz. En el campo, talamos sin misericordia. Lo real, lo exquisito, lo delicado, nos desplace. Nos divertimos á toque de clarín, saciando la mirada en colores enteros; la gama de la Naturaleza no tiene para nosotros matices ni sonidos. Odiamos lo débil, tal vez porque lo somos. Nuestro enemigo se llama exquisitez: y así declaramos la guerra á la mujer, al niño, al pájaro, á la fuente, á la planta y al árbol.

* *

Hace todavía muy pocos años. Un delirio guerrero, un frenesí de lucha sangrienta se apoderó de todo un pueblo. Quería á toda costa ver combatir. Pero no eran tigres ni rumiantes lo que arrojaba á la palestra; era jóvenes separados apenas de los regazos tibios maternos, todavía no endurecidos al contacto de la realidad. A mansalva, lejos de la contienda, reclinados cómodamente en sus blandos asientos, los espectadores pedían también sangre, y para azuzar á los combatientes,

agitaban trapos amarillos y rojos; amarillos, por el oro que habían costado; rojos, por la sangre que habían hecho verter. ¡Qué valientes fuimos desde el tendido! Obligados, llorosos, casi á ras-tras, llevamos á los muelles de los puertos y los ferrocarriles á toda una generación pacífica y útil, aturdiéndola con músicas y aclamaciones. Luego, separados del combate á prudente distancia, azu-zamos á los soldados; necesitábamos ver las en-trañas desprendidas del tronco, las manos crispadas en señal de agonía, los ojos vueltos hacia un punto lejano, en donde humeaban los tejados hu-mildes de rastrojo, bajo los cuales la madre se cubría la cara con las manos y el labriego escribía con el badil sobre el hollín de las paredes el nom-bre de su hijo, nacido con dolores, criado con pe-nas y agotamientos, que jamás volvería á sentarse en el escaño aquel.

Y de pronto creímos ver rota la jaula y acercar-se al terrible enemigo.—¡Paz!—exclamamos todos poseídos de pánico invencible.—¡Paz!—repitieron todos los instigadores de la pelea. Y con los ojos abiertos y los semblantes desencajados y el cora-zón oprimido de congoja y de susto, nos atrope-llamos, sin ver cómo caían entre los nuestros acaso los mejores. Luego fueron volviendo las sombras, los cadáveres vivos, los espectros acusa-dores. Mas no volvieron todos. Para recibirlos en la noche sombría, con una plegaria sobre la fren-te y una bala atada á los pies estirados y yertos, el cielo encapuzó sus tormentas y el mar procelo-so abrió sus fauces.

¡Qué dolor, qué vergüenza ver á las mujeres asistiendo á esos espectáculos en que la sangre corre sin fecundar ni una verdad, ni una idea, ni un sentimiento generoso! ¡Qué repulsión contem-

plar á las que para madres fueron nacidas, alen-tar las patrioterías, los fanatismos, las imposicio-nes despóticas, en cuyas aras se sigue sacrificando á los hombres! La mujer siempre será esclava mientras no proteste de esas vergüenzas, en tanto que no huya de fiestas repugnantes y no deje de prestar su concurso á toda teoría, á todo princi-pio, á todo hecho que lleve aparejada la ignoran-cia, la guerra ó la servidumbre.

Si estas son declamaciones románticas, ¡ben-ditas sean! Ellas no vierten sangre, ni encanallan con la bajeza, ni embrutecen con la mentira; ellas no quitarán la vida á un solo animal útil en aras de una estética sensual y grosera; ellas no harán morir á un solo soldado, ni en nombre del cetro, ni de la bandera, ni de la cruz.

*
* *

¿Es verdad que nadie se mata por nada claro? De ser ello cierto, hay que esperar en la humani-dad. Las cosas claras á los ojos de todos suelen ser las cosas vulgares y mezquinas. Pero las aspi-raciones más nobles son siempre indefinidas é indefinibles, y se envuelven en la bruma azulada del ideal. En la cumbre de todo calvario extienden las tinieblas sus alas.

*
* *

A las siete de la mañana estaba en la orilla del mar. ¿Qué iba á hacer? ¿Revolverse en el le-cho pensando en los ausentes? ¿Horrorizarme le-yendo en la prensa el relato de las maldades de esos hijos que asesinan á sus padres, de esos maridos que hacen desaparecer á sus compañe-

ras enfermas? No: la soledad es grande; es augusta. Y á la orilla del mar se está frente á la cuna de todas las magnificencias. La misma púrpura sale de una concha que flota.

La niebla impedía ver el horizonte. Semejaba el panorama un inmenso fanal en que apenas se destacaba la enhiesta rigidez de las arboladuras de los navíos. A mi espalda se alzaba Montjuich como un atril inmenso, sobre el cual iba á escribir su isocronía el golpeo de las olas. Hacía frío. Ese hondo frío que todos sienten, pero que sólo pueden medir las almas solitarias y los organismos rendidos por la lucha.

Una mendiga anciana se acercó á mí, acompañada de una niña de diez abriles, contados por harapos.—*¡Senyoret, una caritat!—Deu l'ampari.—¡Monsieur, un petit sou!—¡Pas d'argent!—¡Un piccolo Vittorio; signore!—¡Lasciate di pregare!*—*¡Una limosna por amor de los suyos!*—Venid aquí y sentaos—he dicho á las mendigas.—Os daré una moneda y otra y otra; pero habéis de decirme qué pensáis de la vida y la muerte; de este mundo y del que no vemos; de la tristeza y la felicidad.

—La vida, señorito—he dicho la vieja,—es un sueño que hay que pasar lo mejor posible, y en muriéndose todo es polvo.—Y agua—he añadido la niña, señalando al mar.—Y luz—he dicho yo, señalando al cielo.

—Ser feliz es vivir sin trabajar y dormir todo lo que se quiera.—Pero si uno se aburre y está desvelado...—Entonces—he dicho la vieja mostrando al reir una boca sin huesos—no hay como el aguardiente. Al principio quema; pero luego se siente dulce calor.—Y ese calor, ¿no lo siente usted al coger á su hija en los brazos?—No es hija

mía—ha contestado al punto la anciana;—ni he tenido hijos nunca.—Y tú—he preguntado á la chicuela,—¿no serías feliz teniendo una madre que te calentara en su seno?—No sé—ha contestado la niña. Y se ha puesto á coger piedras del suelo con la mayor indiferencia.—¿Y un novio?—le he preguntado con curiosidad.—Es tarde—ha contestado la vieja riendo.—Es pronto—he respondido la niña bostezando.

Para ellas no existían las dos cosas más grandes: el amor y la maternidad.

—Bueno: y usted—me ha interrogado súbitamente la vieja pordiosera,—¿dónde encontraría la felicidad?—La pregunta me ha sorprendido. ¡La felicidad! ¡Vaya usted á saber! He mirado las rientes campiñas, de donde venía olor á heno y á flores silvestres, en donde sonaba la esquila geórgica de los ganados trashumantes. He fijado la vista en la extensión salobre, más allá de la cual se alzan luminosas las ignotas regiones que, como son lo desconocido, son la promesa; he alzado la cabeza para contemplar los jirones de nubes que velaban el espacio infinito. ¿En dónde sería yo feliz? Quizá en todas partes; acaso en ninguna.

—¿Qué pediría usted ahora mismo?—ha insistido la vieja con sonrisa burlona.—No sé—he contestado.—Por de pronto, escribir una crónica muy tierna, muy sentida, que recortaran todos los seres afligidos, todas las mujeres que sufren, para guardarla en aquel escondrijo donde se guardan las flores secas y los objetos que hablan al corazón; para que cuando sus ojos se empañaran en lágrimas, la buscaran y leyeran en ella:—«No llores más, alma generosa. Yo secaré tus párpados y depositaré en tu frente un beso inmaterial y desinteresado. No llores. Eres grande; te has su-

blimado con el dolor. Y ese dolor es el de muchas almas que sufren como tú el abandono, la miseria, la esclavitud, la injusticia. ¡Aquí estoy yo contigo, y te traigo el latido de todos los corazones gemelos fundidos en la comunión del martirio y en el ansia de lo absoluto!»

La niña ha arrojado del delantal las piedras. Se ha acercado á mi, me ha mirado á los ojos y me ha dicho con acento de convicción sincera:

—Señorito: está usted *chiflado*.

La niebla se iba rasgando en jirones y el mar iba apareciendo más grande, más azul, más centelleante á los rayos del sol en su abullonado deslumbrador y vivido. Una gaviota pasó con sus alas tendidas, y se alejó rozando con su blancura inmaculada la cresta de las olas. Me puse en pie y entregué una moneda de plata á la niña.

—¿Es falsa?—preguntó con acento de incredulidad.

—¿Desconfías? Ya eres mujer—he dicho parodiando al príncipe loco de Dinamarca.

Luego he puesto otro disco igual en las rugosas manos de la vieja.

—Nos ha prometido usted tres monedas—ha gruñido con voz de harpía.

—Toma otra. ¿Qué vas á hacer con ella?

—¿Quiere usted que le diga la verdad?

—Por supuesto.

—Alquilar dos niños enfermos. Ya sabe usted que eso ablanda á los señorones y se gana mejor jornal.

—¡Infeliz!—he articulado, no sé si pensando en la vieja mendiga ó en la madre que alquilaba los pedazos de sus entrañas.

La chicuela estaba ya lejos. Corría con la moneda apretada en el puño. La vieja la siguió ren-

queando. El sol rompió entre las nubes fulgentes. La sirena de un barco anclado en el puerto lanzó su ronco grito.

—¡Desgraciadas!—he prorrumpido viendo alejarse á las dos mujeres.—No saben lo que es la maternidad ni el amor; desconocen la juventud y el sentimiento del deber. Verdaderamente, la felicidad es para ellas palabra vana.

*
*
*

Al hablar de Fausto, viene á la memoria la figura extraña y bizarra de su perpetuo acompañante: Mefisto. Parece que los intérpretes de este personaje no perderían con leer y estudiar entre líneas la tragedia inmortal de Goethe. Mefistófeles no es el diablo de la teología cristiana, el monstruo rabudo y cornicorto, *ingens, horrens...* Es el diablo moderno, el escepticismo. Si su presencia causa frío, no es por su repulsivo arqueado de cejas ni su tosca pezuña; es por su fría sonrisa volteriana. Wagner, Marta, la misma Gretchen, le llaman caballero. Es fino, mordaz, sardónico, y *no del todo desagradable*. Es, después de todo, la ciencia negativa que, al salir de la audiencia del Creador, dice en el prólogo:—«¡Es curioso que este simpático y venerable viejo eche de cuando en cuando su parrafada con el diablo!»

La cultura moderna huye de lo violento y brutal. No concibe al mismo demonio sino con su correcta y elegante vestidura de grana. No lo olviden los discutidores impulsivos. Se puede ser el mismo diablo. Pero no conviene enseñar la pezuña.

*
*
*

Cuando *nada ocurre*, cuando no es perturbado el ritmo de la vida, cuando todo sigue la severa y noble cadencia, á cuyo compás el sol besa á la tierra impregnada de savias y se mueven en la noche serena los mundos, es cuando el espíritu parece recoger todas las vibraciones, los ruidos más lejanos, las palpitaciones más hondas de ese universo que, cambiándose sin cesar, siempre es el mismo, y en todas cuyas sombras hay un fulgor secreto y escondido, como en todas sus rocas hay una Venus de mármol caliente, dispuesta á alzarse con soberana excelsitud al llamamiento poderoso del genio.

La observación vulgar, la sensibilidad poco exquisita, necesita que el mundo detenga su marcha y que pase algo ruidoso y llamativo para prorrumpir en lamentos é hipérboles, ó encontrar en el arpa empolvada la nota del psalmo. Necesita que se hundan las naves de Antonio para admirar el poder latino, y que suenen los escudos germanos en el Capitolio para predecir su derrumbamiento. Las almas escogidas predicen, adivinan, saben en qué escondido surco estallan los gérmenes de las selvas futuras, y en qué oculto filón cristaliza el hierro con que habrá de forjarse la espada dominadora de los nuevos héroes. Escuchan los rumores que llegan y los ecos que pasan, y, en la aparente inmovilidad de las cosas, describen la evolución eterna que nunca se detiene, y en el supremo silencio de los seres escuchan sus sollozos, sus jadeantes inspiraciones de lucha y sus gritos de triunfo.

Nada ocurre. Y sin embargo, la tierra contrae sus entrañas para alzar en medio de los mares poco á poco las nuevas cordilleras, para cubrir de bruscos oleajes los viejos desiertos y coronar de

frescas y verdes praderas las humilladas cumbres del Jungfrau. No pasa nada, y bajo los limpios arroyuelos, escondida en las briznas de césped, diluida en el glóbulo cerebral, la lucha prosigue y la selección se realiza y el ideal se acerca. Y en la transformación incesante de plantas y mundos, continentes y mares, seres y plantas, sobre todo lo vivo y lo inerte pasa como ráfaga vivificadora, como aliento fecundador y potente, el soplo de Dios.

*
**

No esperemos para escribir á que un hombre muera. Su muerte sólo puede ser memorable cuando los ideales mueren con él. No aguardemos el choque de los pueblos, que es siempre preparado por siglos de oposición y ha de resolverse en un solo momento de justicia. Porque hay siempre una lucha entablada entre el siervo y el opresor, entre la civilización y la barbarie, entre los débiles y los explotadores, y esa lucha es de todos los días, de todos los instantes, y ella pide siempre cerebros despiertos y corazones varoniles que le consagren una vida sin tacha y una energía sin desfallecimiento.

La normalidad es la vida, el progreso, el avance. Lo anormal es el retroceso, la decepción, la muerte. La humanidad, más sabia, más humana, más justa cada vez, va desterrando lo maravilloso, lo excepcional, lo del otro jueves. Ella busca en la ciencia, no la revelación nigromántica, sino las leyes constantes, universales y comprobadas por la razón; ella ha desterrado en el Arte los romanticismos declamadores y huecos, para elevar la contemplación de la Naturaleza y la vida á fuente

la más pura de la emoción estética; ella sustituye á los caudillos los pueblos, haciéndoles fuertes y soberanos, y en las costumbres, proscribiendo las fiestas ruidosas, los colores enteros, los gritos salvajes, las sacudidas inconscientes, los reemplaza por los gustos, las fiestas, los goces del espíritu, que, como ha dicho el sabio entre los sabios, Giner, *no tienen lunes*.

Lo de todos los días, lo de todas las horas, *lo de siempre*. Eso es lo que demanda la atención de los pensadores, la actividad constante de los buenos. Es la verdad que hace su camino, el progreso que impone sus leyes, la redención de los humildes que se abre paso. Es el combate incesante contra el error y contra la rutina, la labor generosa que educa y ennoblece las almas. En esa majestad suprema de las cosas, en esa serenidad augusta de las ideas, encontraremos siempre, vendedores, la piedad magnánima de Tito, y vencidos, las fuerzas de Anteo. Seamos cronistas, poetas, pensadores, artistas, guerreros. Pero antes hemos de llenar una condición que de tal y tan noble función nos haga dignos: la de ser hombres.

*
* *

No á todos los hombres es dado imponer el propio criterio á sus contemporáneos. A muchos menos cumple apelar al juicio de la posteridad. Pudo abdicar Bonaparte después de Austerlitz, nunca después de Waterlloo, sin merecer la sonrisa compasiva de los pueblos y de los reyes. Pero siquiera Waterlloo representaba la caída del genio, y para caer es preciso elevarse. Caer en el nivel del suelo no es precipitarse, es resbalar. Para darse aires de gran asceta es preciso que

exista un sacrificio. No cabe sacrificio voluntario en dejar lo que no se tiene.

*
* *

Es cómodo, al encontrar en la calle á una infeliz ramera, colmarla de insultos, augurarle el infierno y creernos superiores á ella. Lo difícil es hacernos merecedores de otras mujeres y de otras hijas; lo imposible para el hombre sin dignidad es estar á la altura de aquellas infelices, que serían buenas y santas si no se les obligara á buscar en la mancebía un refugio contra la *barbarie del hogar*.

Así lo que me inspira compasión en las calles no son las ramera. Son los hombres que van buscando el amor de un duro, porque no saben merecer el que no se paga con dinero.

*
* *

Comenzaba ya á declinar en el mundo culto aquella candorosa y no superada síntesis á que dió forma el gran Carlos Cristián Federico, y todavía mostraba en España la grandeza que supo imprimirle Sanz del Río, y conservaron los discípulos eminentes de Fernando de Castro. Por primera vez, desde la Reforma, se aspiraba á encontrar el consorcio de la idealidad y de la razón, del pensamiento y la vida. Un *panenteísmo* racional hallaba solución á la irreductible enemiga entre lo trascendente y lo inmanente, el panteísmo y la negación absoluta de la Divinidad, entre el dogmatismo y el análisis demoleedor de la ciencia experimental. En lo social y en lo jurídico se creaba también una síntesis superior. Era el Dere-

cho, el orden de la conducta humana, en relación á fines providenciales. A cada personalidad correspondía una esfera autónoma. Y como la inteligencia humana jamás podía caer en puro error, todo era aprovechado en la historia del pensamiento: porque de las oposiciones de los sistemas surgía siempre una comprensión más total que se reflejaba en el orden práctico en una austeridad sin ejemplo y un amor á todo lo humano sin precedente.

Todo aquello vino por tierra bajo el escarpelo de Spencer. Lo absoluto era incognoscible y quedaba reservado al sacerdote y al poeta, esos dos soñadores de todos los tiempos. Las abstracciones debían desaparecer, sin exceptuar el culto de la Humanidad del propio Comte y aun su ley de los tres estados. El hombre sólo podía conocer hechos. En cuanto al Derecho, sólo tenía por fundamento el asentimiento de los ciudadanos. El Estado era sencillamente un mal. Se volvía al individualismo de Kant, pero la doctrina del viejo crítico aparecía modificada por la ley de la evolución.

Mostrábase ésta por una integración de materia acompañada de una disipación de movimiento, mediante la cual la materia pasaba de una homogeneidad indefinida, incoherente, á una heterogeneidad definida, coherente, sufriendo el movimiento una transformación análoga. Toda la juventud desertó de las filas de las viejas escuelas para seguir al gigante del raciocinio, que rompía de una vez para siempre con las afirmaciones *a priori*, los dogmatismos y las síntesis prematuras.

A cada nuevo libro, las filas de los racionalistas se aclaraban. Y los que aun esperaban una reconstrucción ideal, quedaban desencantados y

tristes, presintiendo que, una vez comenzada la protesta, no se acabaría hasta negar toda ley absoluta, incluso el *devenir* y que, combatido el Estado como un mal, no habria de detenerse la rebeldía sino en el anarquismo sin freno. A Heriberto Spencer debían suceder Nietzsche y Reclus. Al demoledor de *El individuo contra el Estado*, el autor frío é irreductible de *La conquista del pan*.

No se cuidan ya los naturalistas y los fisiólogos de negar teodíceas sepultadas ni derrotar altares polvorientos. Con los muertos no se discute. Los hechos, esos hechos, único objeto de su estudio, tienden ya á desmentir esa ley de la evolución y el progreso que implica. Es del Instituto Pasteur y de las Universidades alemanas de donde ha partido la primera protesta. La Naturaleza está muy lejos de ser consciente y sabia. En ella se ve la regresión y la involución. Después del hombre, y pese á Darwin, han aparecido los microbios de la sífilis, del cáncer y la tuberculosis, se han desarrollado órganos innecesarios, se ha hecho más inexplicable la labor de los fagocitos. La integración de la materia, pasando de la homogeneidad á la heterogeneidad, es un ensueño, y á la lucha no acompaña la selección.

Pero la negación subsiste y se acentúa. Los hechos mismos nos son conocidos á medias. Vencen siempre los más adaptados, pero éstos no son los mejores. Las afirmaciones spencerianas van pareciendo tan apriorísticas como los teoremas de Krause y los postulados del viejo Tiberghien. La única ley es la de la fuerza. En cuanto á la moral, el mismo Guyau, acaso el más clarividente de los sabios de fines de siglo, fracasó al pretender buscarle un fundamento y al obstinarse en estatuir la *sin obligación ni sanción*; como no consiguió

sino hacer metafísica Spencer, el Aristóteles moderno, al sentar las bases de la Ética animal en su prodigioso libro *La justicia*.

Antes de morir hubo de protestar el coloso inglés de la afirmación de los anarquistas rusos, que se llamaban sus discípulos. Empeño inútil. Si no en las obras, lo eran en los principios. Interpretaban con dinamita la *Crítica de la razón práctica*. Eran como él kantianos, como lo fué Proudhon y cual lo es Bakounine. Dejaban como Spencer para el poeta la pregunta de por qué hemos nacido, qué será de nosotros después de la muerte y qué motivos tenemos para obrar con desinterés, amar á nuestros semejantes y buscar la verdad por sí misma.

* * *

—Lo que haces—he dicho con verdadera indignación á mi amigo—no tiene disculpa. Durante muchos años has vivido consagrado por completo al estudio. No se te ha visto sino en las aulas. Desde allí corrías á encerrarte con tus libros sin conceder un solo minuto á las alegrías de la juventud, á los goces legítimos que la fortuna te procuraba. Para ti no había familia ni amistad, ni otra compañía que la de los libros. Robinson voluntario de una isla ideal, jamás te permitiste hacer alrededor de tu cuarto la excursión de Maistre. Acabaste tu brillante carrera, y cuando todos creíamos verte deslumbrar á las gentes con el fruto de tanto sacrificio, he aquí que te encierras de nuevo y pasan los meses y los años, sin que tu delirio de indagación alcance tregua y sin que nadie, ni tus padres, ni tus amigos, podamos contemplar siquiera un destello de esa pro-

digiosa esmeralda sintética que con tanto afán y tan incansable tenacidad vienes toda una vida labrando.

Gabriel me ha mirado sorprendido, con sus ojos hinchados por la vigilia. En su cara había algo de atontamiento, de ese estupor del *surmenaje*, que no es sino una forma de la protesta de la personalidad cerebral contra las imposiciones del medio.

—¿Qué mal hay en todo ello?—ha articulado con lentitud.

—No sólo hay mal, sino odiosidad—he insistido.—Vanidad estéril, egoísmo malsano. Pensar es algo y vivir lo es todo. Conocer sólo sirve para transformar lo que nos rodea. Una ciencia sin voluntad es algo tan estéril como una semilla que nunca se siembra, una moneda que nunca se cambia, un sillar sobre el cual jamás se edifica. Es saber lo que todos han dicho sin acertar á pronunciar cosa alguna por cuenta propia. Es robar á la sociedad energías de que está harto necesitada y caer en una egolatría funesta, en una solitaria adoración de una personalidad que nunca se muestra y un saber que jamás trasciende.

—¿Pero es que tú crees—me ha interrumpido Gabriel frenético—que es justo hablar de lo que no se entiende, discutir lo que no se sabe, discutir á ciegas, sin enterarse, á la buena de Dios? Esa podrá ser la costumbre de vuestros escritores, insulsos ó efectivos; jamás puede ser la conducta de los escritores de bien. Pero ¡enterarse antes de escribir! ¡Apoderarse de los datos precisos para no imitar á Campazas! ¿Tú sabes lo difícil que es eso? ¿Ignoras que es tanto ya lo que se produce, lo que se escribe, lo que se publica, que es imposible otra labor que la de los especia-

listas, que el conjunto total de la realidad, y la vida escapa á la mayor perspicacia y que pronto llegará un día en que será imposible darse cuenta del estado actual del menor problema, porque faltará tiempo material para estudiar y conocer sus datos?

El sorprendido he sido esta vez yo.

—Si es que quieres hablar de todo—he dicho á mi amigo—comprendo tu embarazo. Pero puedes escoger un asunto y acerca de él hablas con el público, seguir ese asunto en su evolución mental, en su desarrollo, en sus fases...

—Ignoras—me ha dicho Gabriel—que el escritor moderno no puede especializarse. Se le exige que hable de todo, que sepa de todo, que en todo nos ilustre y distraiga. Pero suponiendo que hable de una sola materia, ¿puede dejar de leer media docena de periódicos de su país y siquiera dos ó tres extranjeros? Esto supone cincuenta enormes páginas de lectura diaria. Sea cualquiera la materia que escoja, muy raro será el día en que no se escriba acerca de ella un grueso volumen. El movimiento de librería es colosal, y una quincena de abstención y de holganza supone un tremendo atraso. Hay además que conocer la labor anterior, que es inagotable, tanto más cuanto de cada vez se borran más los límites de las ciencias. No hay tiempo siquiera para registrar enciclopedias. Hoy ya se leen índices y, como ha dicho muy bien Unamuno, muy pronto no habrá tiempo de leer siquiera catálogos. Es una fiebre que nos agobia, que nos mata, que no tiene ni ha podido tener precedentes. Quien pretenda estar al corriente de lo que se piensa y escribe sobre un punto concreto, no tiene tiempo, ni fuerzas, ni ánimos siquiera para escribir.

—Entonces—he dicho,—¿no hay otro remedio que enterarse á medias?

—Ni aun eso—ha contestado Gabriel con una expresión desconsolada, en que se adivinaba un principio de insania.—Ni aun eso. Porque cuanto se escribe es contradictorio, y hay que comprobar, analizar y experimentar. Porque nos queda el laboratorio, sin el cual toda ciencia es baldía. Y hay que sentirlo y vivirlo todo para poder contrastarlo con el troquel de la verdad. Y así, esta sociedad satánica, ambiciosa, que atruena los espacios con el tableteo feroz de sus diez millones de máquinas de imprimir, que cubre de palabras diariamente una faja de papel que puede dar tres veces la vuelta al planeta; esta generación que se agota en la labor imposible de leerlo todo y de descifrar el misterio de todas las cosas; que pretende llevar en su frente una antorcha y en sus manos un gladio, lo ignora todo, lo desconoce todo, camina á tientas, rodeada de sombras, tropezando con sus propios errores y aniquilada por su impotente esfuerzo, como el ciclope cegado por Ulises, que, con la astilla clavada en la frente, se tambalea.

—¿Que hoy lo ignoramos todo?—he gritado con indignación.—Pues ¿y el telégrafo? ¿Y el ferrocarril? ¿Y el automóvil? ¿Y la luz eléctrica?

—Juguetes y nada más que juguetes—ha seguido Gabriel en un acceso de desvario inenarrable.—Pues lee á Emilio Gautier. No sabemos andar, no sabemos dormir, no sabemos comer. Todo lo más elemental está en discusión. Ignoramos en qué posición el sueño es más benéfico, de qué modo podemos trasladarnos de un lugar á otro con el menor cansancio, qué substancias habremos de ingerir que nos sean aprovechables. Descutimos aún las horas de sueño, si es bueno ó

perjudicial el alcohol, no sabemos si hemos de nutrirnos con animales ó con plantas. Para remediar la miseria no se nos ocurre el menor expediente, y la miseria es mayor que nunca. No sabemos abaratar la vida y los alimentos más preciosos, los vestidos más necesarios, son más difíciles de adquirir que en los tiempos de los reyes pastores. En tanto que los sabios discurren, las enfermedades aumentan, la mortalidad es mayor y cada día mueren de verdadera carencia de lo más indispensable cientos de millares de hombres, para los cuales ni la ciencia ha tenido una sola verdad ni la caridad un solo consuelo.

—Podrá eso ser cierto—he dicho algo turbado, —pero se conoce cada vez más lo que las cosas son y lo que deben ser.

—¡Lo que las cosas son!—me ha interrumpido el pesimista con una carcajada tan brutal como amarga.—Todavía se discute cómo funciona el organismo y si la enfermedad se llama humor, desequilibrio, bacilo ó ptomaina. Ignoramos cómo ha de ser la educación del niño. No estamos conformes acerca de la función de la mujer. Se discute ya la familia, como se ha discutido el Estado. Está en tela de juicio la propiedad, el trabajo, todo el Derecho y la Moral misma. En Arte cada cual tiene un credo distinto, y en esta ruina de sistemas, de teorías, afirmaciones y dogmas, lo que es objeto de polémica no es ya la autoridad terrestre, injustificada y derrocada doquiera; no es el más allá de vida, declarado incognoscible, cuando no absurdo; no es el cielo vacío de dioses ni el espíritu desnudo de afectos, sino que es, piénsalo bien, la razón misma.

Había apoyado Gabriel la frente en las manos y parecía presa de un profundo dolor, de un aba-

timiento irremediable, de un desconsuelo abrumador é infinito.

—Volvamos, pues, á lo pasado—he dicho.—Regresemos á las tinieblas. Registremos los empolvados campanarios para buscar un postrer refugio á todas estas aves dolientes que al volar han roto sus alas.

—¡Imposible!—ha saltado Gabriel, separando las manos de sus ojos enrojecidos por el estudio y por el llanto, esos dos gemelos.—¡Imposible! Hemos sido impulsados y no podemos volver atrás, como no puede subir otra vez á la cumbre la peña. Iremos adelante y acaso en el mismo mal se encuentre el remedio. Caeremos á millares los vencidos; pero—y al decirlo púsose en pie y oprimió fuertemente mi mano—un día arrancará la humanidad su imagen al bloque, su secreto á la esfinge, su fuerza á los mundos, y entonces, más fuerte que Anteo, más sabio que Sócrates, más sano de corazón que Crisipo, sabrá invertir la fábula hebrea, y después de hacer su mundo á su imagen y semejanza, sabrá formar con el polvo de la tierra, para colocarle en su paraíso, á un Dios.

* * *

Quando nos abandona para siempre aquella que en su mano nos cobijó y nos arrulló con las melodías monótonas y plácidas que no podemos recordar sin que se paralice nuestra sangre en las venas, la buscamos en vano por las habitaciones medrosas, escuchando sobresaltados el ruido de nuestros pasos indecisos. Pero allá, pendientes del sustentáculo, están las ropas, á cuyos desmayados pliegues podemos acercarnos para depositar sobre ellos un beso. Más allá está el mue-